

 HARLEQUIN™


Jazmin™

3
NOVELAS
inolvidables

CAROLYN
GREENE


Regalo
de familia

MICHELLE
DOUGLAS

¿Amor
verdadero?

JESSICA
GILMORE

El secreto de
la heredera



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

N.º 539 - enero 2022

© 2001 Carolyn J. Greene

Regalo de familia

Título original: Her Mistletoe Man

© 2012 Michelle Douglas

¿Amor verdadero?

Título original: The Nanny Who Saved Christmas

© 2015 Jessica Gilmore

El secreto de la heredera

Título original: The Heiress's Secret Baby

Publicados originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2002, 2016 y 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Tiffany y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1105-507-9

Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Regalo de familia](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[¿Amor verdadero?](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)

[El secreto de la heredera](#)

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Jazmin

CAROLYN GREENE

Regalo de familia



Prólogo

LAS LUCES de neón del letrero que había fuera del despacho de Tucker Maddock, en Virginia, le dejaban leer su desagradable mensaje de felicidad a intervalos de un segundo: *Feliz Navidad. Feliz Navidad. Feliz Navidad.*

Sí, llevaba sin tener una feliz Navidad desde... Pero no quería recordar en esos momentos todos los problemas que había tenido que afrontar. El exceso de trabajo no lo había ayudado a suavizar la desazón que sentía en los últimos tiempos. Como jefe de personal de su empresa, sus decisiones eran muy valoradas y atraían la atención de otras empresas, que le ofrecían buenas ofertas para que se fuera a trabajar con la competencia. Pero desearía tener esa misma facilidad y talento para eliminar los problemas de su vida privada.

El año anterior había sufrido uno de los mayores golpes de su vida, cuando una tragedia se había llevado la vida de Chris, su mejor amigo, y la de sus padres. Ellos habían sido como su familia y en ese momento los echaba mucho de menos. Le gustaría

estar con ellos de nuevo. Le gustaría poder llenar el vacío que sentía al recordarlos.

Se levantó y empezó a ordenar su mesa. La luz parpadeante llenó por un segundo la estancia con su brillo verde y rojo. El neón parecía palpar dentro de él, llenando su mente y su alma con su mensaje. Haciéndole recordar a la encantadora familia que le había abierto su corazón y su casa.

¡Al infierno! Si no podía estar con ellos, podría por lo menos volver al lugar donde estaban sus recuerdos. Tucker dejó una nota a su secretaria, abrió un cajón y metió dentro todo: hojas, impresos y notas garabateadas. Ya las repasaría cuando volviera. Pero en ese momento, no se sentía con fuerzas para abrir una nueva tarjeta y leer otra felicitación navideña.

Si no dejaba atrás todo el oropel, todas las lucecitas y todos los adornos de la ciudad, iba a volverse loco. Así que decidió que lo mejor que podía hacer era regresar a Willow Glen.

Capítulo 1

TENDRÍA que dormir en alguna parte. Así que, ¿por qué no allí?

La primera vez que había ido a la casa de la plantación de Willow Glen, el enorme edificio le había parecido una mansión. Todavía le impresionaban su amplio jardín delante de la entrada y la avenida circular que llegaba hasta la puerta principal. La ancha barandilla, los alegres torreones y las ventanas abuhardilladas, le daban un aspecto magnífico. Había pasado allí la mejor época de su vida, desde los diez años hasta la universidad. Así que le dolió mucho cuando los padres de Chris vendieron el lugar, al marcharse ellos dos a la universidad. Will Carlton, el vendedor de antigüedades del condado, había comprado y remodelado la casa, convirtiéndola en una preciosa posada.

Delante de Tucker, iba caminando un hombre que parecía volver de una gran compra navideña. El hombre abrió la puerta y la sostuvo para que Tucker entrara.

-Si yo fuera usted, hijo, no esperaría fuera mucho rato. Ya casi es la hora de cenar y, créame, sería una pena que se la perdiera.

Dentro, había guirnaldas y cintas de hojas de cedro por todas partes: en el mostrador de recepción, en la barandilla de caoba que conducía a las escaleras y hasta en la lámpara que colgaba del techo del pasillo.

El lugar no había cambiado apenas, aunque se habían añadido algunas instalaciones modernas y un mostrador, junto con una caja registradora antigua. Incluso olía igual. A arándanos agrios, a pino y... ¿qué era el otro olor? Tucker dejó la maleta en el suelo, al lado del mostrador de madera tallada y cerró los ojos para concentrarse. Casi podía ver las caras de Chris y del señor y la señora Newland. Él había pasado tanto tiempo allí, en aquella casa, tantas noches, que había llegado a formar parte de la familia... Recordaba que incluso el señor Newland le asignaba también a él tareas. Un sábado al mes, él y Chris tenían que dar brillo a los muebles de madera y a la barandilla.

Abrió los ojos. Ese era el olor: abrillantador de madera. Tal vez la misma marca.

Una mujer mayor, incluso más que el hombre que le había abierto la puerta a Tucker, se acercó a ellos.

-Oren, me alegro mucho de volver a verte -dijo, dirigiéndose al hombre.

Le dio un beso en la mejilla y le dejó una marca de color melocotón en la piel grisácea. Luego hizo una seña hacia el pasillo, donde había un grupo de personas.

-Tu mujer estaba impaciente por que llegaras.

El hombre recogió sus bolsas y fue a unirse a su mujer.

Tucker pensó que sería un visitante habitual. La anciana se volvió a continuación hacia él y lo miró de arriba abajo.

-Tiene usted muy buen aspecto, joven. Yo me llamo tía Shirley.

Era un modo extraño de saludar a un cliente, pero Tucker lo atribuyó a su avanzada edad.

-Yo soy Tucker Maddock, señora. Me gustaría saber si hay alguna habitación libre para esta noche.

La tía Shirley abrió la boca y soltó una carcajada. La contagiosa risa hizo que las personas que estaban en el pasillo se volvieran hacia ellos.

-Quiere saber si tenemos habitación libre -les dijo la mujer.

También a ellos pareció hacerles mucha gracia y se miraron entre ellos divertidos. En ese momento, vio a una muchacha de pelo oscuro, de algo más de veinte años, que a su vez lo miró a los ojos. Tucker sostuvo la mirada y le pareció que la habitación de repente se volvía más calurosa. Se desabrochó el botón superior de la chaqueta.

Una adolescente siguió la mirada de la morena y asomó la cabeza. Cuando vio que él seguía mirando, se sonrojó y se retiró.

La morena estaba sentada y seguía observando a Tucker desde su silla. Como si le resultara conocido, pero no consiguiera ubicarlo exactamente. Sin embargo, Tucker estaba seguro de que no se conocían. De lo contrario, la recordaría.

La muchacha tenía las piernas recogidas bajo la silla. Era delgada y llevaba una falda gris y una chaqueta verde, que parecía demasiado basta para sus rasgos finos. El cabello le caía desordenado y Tucker se imaginó ese mismo pelo esparcido sobre una manta.

Sus ojos marrones los tenía ligeramente entreabiertos, como si acabara de despertarse de un sueño lascivo; y sus labios parecían haber sido hechos para besar.

Tucker se pasó una mano por la boca en un gesto involuntario.

Ella vio el gesto e hizo a su vez un invitador movimiento con la barbilla.

Ruth se apartó un mechón de pelo de la cara. Había estado trabajando mucho para conseguir que esa reunión navideña, quizá la última, saliera lo mejor posible. Y ese último invitado, aunque inesperado, le parecía muy interesante. El modo en que el hombre la estaba mirando, la hizo sentirse casi flotando.

«¡Basta!», dijo para sí. Era insano mirar así a un miembro de la familia, aunque fuera lejano. No importaba lo alto o fuerte que fuera. O lo suave que pareciera su cabello castaño, ligeramente más largo de lo normal. Tampoco importaba que sus ojos oscuros la mirasen como si quisieran penetrar en lo más profundo de su corazón. De pronto, apartó la mirada y se volvió hacia su hermana, que estaba al

otro lado de la habitación. Vivian todavía no había visto al nuevo miembro de la familia.

Ruth esbozó una sonrisa y volvió a fijarse en el guapo desconocido. Él sonrió también. Era todo un galán al que su hermana mayor no pondría inconvenientes. Desgraciadamente, el primo estaba fuera del alcance de las dos.

Pensó si levantarse y unirse a su tía, que estaba recibiendo a sus familiares, que llegaban de todo el Estado para asistir a la reunión de Navidad. Un acontecimiento habitual desde que habían comprado la posada ocho años antes. Aunque ella había crecido en Willow Glen, no se sintió en casa hasta que se fue a vivir a la antigua casa de la plantación.

La tía Shirley parecía no necesitar a nadie. Una vez terminada la limpieza y la comida, parecía estar a sus anchas saludando a los familiares.

La mujer se volvió hacia Tucker.

-Tienes un sentido del humor que me encanta -afirmó, tuteándolo-. Por supuesto que tenemos habitación. Y si no tuviéramos, la inventaríamos.

-Gracias, señora -se agachó y recogió su maleta-. Si me dice la planta y me da la llave, yo mismo la buscaré.

-Llámame tía Shirley. Todo el mundo me llama así -fue detrás del mostrador-. Y no necesitas llave, hijo. Nadie va a quitarte tus cosas. Oren se suele levantar por las noches para dar una vuelta, pero puedes cerrar la puerta de tu habitación desde dentro mientras duermes.

Tucker frunció el ceño. Estaba acostumbrado a establecimientos así, pero no tener llave de

habitación le parecía demasiado. Aunque la seguridad de su habitación no debería ser un problema, ya que no pensaba salir mucho. Si la habitación no tenía aparato de vídeo, compraría uno y se pasaría las vacaciones viendo películas de acción. Así tendría sus primeras navidades solo, en aquel lugar que tantos recuerdos felices tenía para él.

-Maddock -dijo la tía Shirley-. No recuerdo a ningún Maddock.

Quizá lo que preguntaba era si él había estado allí con anterioridad. Eso o que daba por hecho, y no se equivocaba, que era de Willow Glen. En una localidad tan pequeña, todo el mundo se conocía y hasta eran de la misma familia. Pero los padres de Tucker no eran de allí. De hecho, se habían mudado poco antes de que él naciera. Cuando su madre murió, hacía unos veinte años, su padre se gastó todo en bebida y tuvieron que vivir de la caridad pública.

Pero no quería contarle nada de eso a Shirley.

-Yo crecí cerca de aquí, pero llevaba sin venir más de diez años.

La morena entornó los ojos y se acercó a ellos. La mujer mayor preguntaba por curiosidad, pero la muchacha lo miró con escepticismo.

-¿Cómo se llamaban sus padres?

Tucker pensó que la chica era una verdadera sureña, ya que él sabía que para los habitantes de Virginia era muy importante saber el linaje de una persona. Así que le hizo gracia y le gustó tener una excusa para poder hablar con la guapa joven.

-Helen y Bob.

Después de decirlo, se desabrochó algunos botones más de la chaqueta.

Ella, como en un movimiento reflejo, se llevó también la mano a la camisa. Tucker siguió el movimiento y se detuvo en el hueco de su cuello. No recordaba que hiciera tanto calor en aquella casa.

Tucker se obligó a devolver su atención a la tía Shirley.

-Tenemos una Helen en la familia -comentó la mujer-, pero no recuerdo a ningún Bob. ¿Era el nombre del segundo marido de su madre?

-¿Cómo?

Oren la llamó en ese momento desde el pasillo.

-Deja en paz al chico, Shirley, y ven a ayudarnos con el árbol.

-De acuerdo, de acuerdo. No seas impaciente.

Tucker movió la cabeza, sorprendido por la familiaridad con que los trabajadores del hotel trataban a sus clientes.

-Vamos -dijo la tía Shirley-. Te enseñaré tu habitación. Espero que no te importe estar en el tercer piso. Había pensado poner un ascensor, pero he llegado a la conclusión de que hay maneras más interesantes de gastar el dinero.

-No te preocupes, tía Shirley, yo se la enseñaré.

Aunque habría sido muy halagador pensar que la morena sentía hacia él el mismo interés que Tucker sentía hacia ella, tenía la impresión de que la muchacha tenía otros motivos para querer acompañarlo.

Lo condujo al tercer piso y se detuvo un par de veces para que él descansara, aunque lo cierto era que no tenía ningún problema para seguirla. De hecho, como era tan guapa, prefería seguirla de cerca.

Ya arriba, Tucker entró en la habitación y se sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo. Dejó la maleta en el suelo y se dejó llevar por los recuerdos. Las cortinas, la colcha y las alfombras eran diferentes a las que había allí cuando era niño, pero tenían el mismo estilo. Sin embargo, la cama y el armario a juego, sí parecían los mismos que había antes. Se inclinó sobre el cabecero y vio que seguían allí las iniciales grabadas: *R.T.M.* De Robert Tucker Maddock. La señora Newland se había enfadado mucho al verlas, pero después había prometido que no las borraría. En aquel momento, Tucker no había entendido por qué la mujer había cambiado de opinión. Pero pensando después sobre ello, había llegado a la conclusión de que la señora Newland había entendido por qué lo había hecho él. Había comprendido que lo que había querido hacer aquel niño sin hogar ni familia al grabar esas letras, había sido dejar una huella en su casa, en su familia y en su corazón.

La tía Shirley entró en ese momento en la pequeña habitación.

-Me alegra mucho que hayas venido a pasar las navidades con nosotros.

La morena respondió apretando sus bonitos labios, pasó al lado de Tucker y se acercó a la ventana para

abrir las cortinas. Luego se volvió y lo miró fijamente.

-Sí, supongo que tienes los mismos ojos.

Tucker no sabía de qué estaba hablando la muchacha, pero imaginaba que sus rasgos le habrían recordado a los de su padre. En un pueblo de ese tamaño, la mayoría de la gente se conocía, aunque solo fuera de vista.

-La gente suele decir que tengo los ojos de mi padre.

La tía Shirley lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

-Estamos muy contentos de tenerte en la familia - luego se fue hacia la puerta-. Si tienes algún problema o necesitas algo, no dudes en decirlo.

La mujer le guiñó un ojo y, después de hacerle un gesto con la mano, salió de la habitación, cerrando la puerta.

La chica joven permaneció donde estaba, con los brazos cruzados.

Tucker, todavía sorprendido por el abrazo de la tía Shirley, se quedó allí en medio, tocándose la mejilla donde le había besado y preguntándose si la chica que tenía delante haría lo mismo. Había oído que en ese tipo de hoteles, los dueños intentaban hacer que los clientes se sintieran como en su casa, pero la tía Shirley, pensó Tucker, parecía tomárselo demasiado en serio.

La puerta volvió a abrirse y la tía Shirley asomó la cabeza.

-Me olvidé... no tardes mucho. Te esperamos abajo para que nos ayudes con el árbol.

Tucker se quedó pensativo. Si no reaccionaba cuanto antes, la mujer le haría cantar villancicos y comer pastas navideñas con los demás.

-Oh, señora... quiero decir tía Shirley, este año no tengo ánimo para poner el árbol.

-Tienes que ayudarnos. Este va a ser el último año que nos reunamos aquí con la tía Shirley, así que estoy intentando que sea el mejor. Para nosotros es muy importante que todo el mundo participe -la muchacha hablaba seriamente-. Así que, ¿te apetece entonces poner las guirnaldas o las luces?

Era evidente que las dos estaban dispuestas a que participara.

Él comprendía que para ellas era una incomodidad tener que sacrificar sus navidades para cuidar a un grupo de clientes, pero no tenía ningún deseo de cambiar sus propios planes. Así que movió solemnemente la cabeza, dispuesto a negarse, pero en ese momento la tía Shirley hizo una mueca.

-Desde el principio, me pareció un romántico.

Al oír la palabra romántico, Tucker se volvió hacia la chica morena.

-¿Tú también vas a ayudar? -preguntó él, tuteándola, a pesar de que no sabía ni cómo se llamaba. Pero estaba empezando a acostumbrarse a la familiaridad con que todo el mundo se trataba allí.

-Por supuesto.

Tucker se frotó la mandíbula.

-Quizá baje un rato.

-Bien, le diré a todos que esperen.

Al salir, la tía Shirley agarró del brazo a Ruth y se la llevó fuera.

Ya en la planta baja, Ruth sacó un pesado libro, viejo y polvoriento, y sus primas, tías y tíos se agruparon a su alrededor.

-Es muy guapo -dijo Brooke, de catorce años.

-Pero es demasiado viejo para ti -aseguró Vivian, como si no estuviera claro para todos-. Estoy seguro de que prefiere a alguien de su misma edad. Como yo.

Ruth buscó con el dedo el nombre de Maddock.

-No seáis ridículas -dijo sin levantar la vista-. Si es pariente nuestro, cosa que dudo, deberíamos tratarlo como a cualquier otro primo.

Brooke soltó una risita.

-A lo mejor es un primo de los que les gusta dar besos.

Ruth se echó el pelo hacia atrás y trató de ignorar el comentario de su prima pequeña.

-Ya lo sabía, no hay ningún Maddock.

Oren la apartó a un lado y se inclinó sobre el libro que Ruth había abierto sobre la mesa de café. Abrió una página donde estaba el árbol genealógico de la familia. Lilly Babcock, ya fallecida, había sido la matriarca de la familia. Aunque Lilly y las hijas de su marido Clem se habían casado, introduciendo otros apellidos, la generación siguiente seguía considerándose de la familia Babcock.

Después de un momento, Oren señaló un cuadrado que bajaba de la abuela de Ruth, de Lilly.

-Aquí hay una Helen que se casó con un primo tercero. Pero no pone Maddock, ni tampoco que tuviera un hijo que se llame Tucker.

La tía Shirley se acercó a ellos. Junto a ella estaba su pareja, de su misma edad, que la agarró de la mano.

Ruth vio el gesto y se alegró una vez más de que su tía hubiera encontrado a alguien a quien amar, y a quien ella amaba tanto. Ella esperaba encontrar a alguien que la hiciera tan feliz como Boris a Shirley.

En ese instante, se le ocurrió que quizá Boris era la razón por la que la tía Shirley había decidido no hacer más reuniones de Navidad. Aquello suponía mucho trabajo y era comprensible que su tía quisiera gastar su tiempo y energía en su vida privada. Y por eso Ruth la estaba ayudando con los clientes. Además de aliviar de trabajo a su tía, quería conseguir que aquella fuera la mejor fiesta de todas y convencerla de repetir al año siguiente.

Esas reuniones anuales ayudaban a Ruth a superar su soledad. Había perdido a sus padres a una edad temprana y para ella era muy importante mantener los lazos familiares. Algún día esperaba casarse y añadir nuevos nombres al árbol de la familia.

-¿Crees que Helen volvió a casarse y que quizá su nuevo marido no esté reflejado en el árbol, tía Shirley?

-Si es así, Tucker Maddock sería un pariente muy lejano -dijo Vivian, entusiasmada-. Un primo lejano.

Ruth no entendía por qué le complacía tanto esa posibilidad. O por qué le molestaba que su hermana estuviera tan interesada en señalar los lazos de sangre del desconocido.

-No lo sé -contestó la tía Shirley-. Creo que Helen y su primer marido siguen juntos. Pero me puedo

equivocar. No sé nada de ellos desde que nació Brooke. O sea, desde hace catorce años.

Ruth sintió un escalofrío. Incluso si Helen se había divorciado y había vuelto a casarse con un hombre de apellido Maddock, era imposible que tuviera un hijo de unos treinta años.

Aunque Ruth Marsh era normalmente una persona sociable, sus compañeros de clase la llamaban «merengue», no podía estar tranquila si un desconocido invadía de repente su casa. ¡Y nada menos que en mitad de las fiestas navideñas!

Como el resto de los miembros de la familia Babcock, la tía Shirley era una persona buena y confiada, que acogía a todo el mundo en su casa. Y gracias a esa generosidad, Ruth y su hermana mayor se habían criado con ella después de que sus padres murieran.

Sí, la tía Shirley la había cuidado de pequeña y Ruth quería devolverle el favor. Así que no dejaría que nada ni nadie le hiciera daño.

-No sé, tía Shirley -dijo Ruth-. Hay algo que no encaja con este pariente. No sabemos nada de él. Podría tratarse de otro estafador o incluso de un asesino.

-Tonterías -la tía Shirley se soltó de Boris y cerró el viejo libro-. No voy a dejar que hables así de tu propio primo. En cada familia, hay tres ladrones por cada príncipe. Así que da igual de qué rama sea, él sigue siendo familia.

Se estiró y miró a Ruth de un modo que dejaba claro que la anciana no había escarmentado con lo que le había pasado con aquel estafador.

-Estoy segura de que ese encantador joven puede explicarnos por qué no aparece en el libro de familia.

Ruth hizo un gesto de impotencia. En Willow Glen, su tía tenía fama de tener dinero y de ser un poco excéntrica. Y a Ruth le dolía mucho pensar que otra persona sin escrúpulos pudiera intentar aprovecharse de ella.

-El primo Tucker es un buen hombre -afirmó la tía Shirley-. Dale una oportunidad.

¿Darle una oportunidad para qué? ¿Para que les robara? ¿Para que los asesinara mientras dormían? Ruth se daba cuenta de que no iba a conseguir nada, así que de momento dejaría el tema. Con unas cuantas preguntas bien elegidas, se aseguraría de la procedencia del nuevo inquilino, así como de sus intenciones.

Mientras bajaba la escalera de madera, Tucker vio al grupo alrededor del libro. Probablemente estarían leyendo un cuento navideño. Tenía serias dudas sobre si debería unirse a ellos, cuando había ido precisamente allí para evitar celebrar las fiestas. Si no fuera por la muchacha de los ojos marrones, en ese momento estaría en su habitación haciendo un solitario.

Al parecer, ciertas mujeres tenían la habilidad de atrapar a los hombres con unas misteriosas feromonas que les robaban su capacidad de razonamiento. Así que, si esa era la explicación de lo que le estaba pasando, aquella morena debía desprender una cantidad increíble de feromonas.

Cuando entró en el salón, todo el mundo se volvió hacia él. Al ver que todos lo miraban fijamente, se sintió incómodo y se miró la ropa para ver si llevaba alguna mancha o si se había puesto los calcetines de distinto color. Pero no, no había nada raro en su vestimenta.

Sin embargo, cuando levantó la vista, todos seguían mirándolo. Especialmente la chica morena, que parecía mirarlo con más intensidad que los demás.

Una adolescente de pelo rubio y excesivamente maquillada, fue la que habló primero.

-Hola.

-Me alegro de que hayas bajado -dijo la tía Shirley. Oren fue el siguiente en hablar.

-No te habrá retorcido el brazo para que bajes, ¿no? Shirley es la mujer más mandona que he tenido la desgracia de conocer.

Lejos de salir en defensa de la tía Shirley, los demás soltaron una carcajada. Incluso ella se echó a reír, como si estuviera orgullosa de ello.

-No, mis brazos están bien -lo que tenía peor era el cerebro, pensó.

Había ido para estar solo, así que, ¿por qué demonios estaba entre diez desconocidos con la intención de celebrar la Navidad, si era algo que quería evitar?

-Bien -continuó la tía Shirley-, entonces podrás subirte a la escalera y usar esos brazos para poner las luces del árbol.

-Ya está otra vez -interrumpió Oren, volviéndose hacia la propietaria de la posada-. Lo menos que

puedes hacer es presentarnos, antes de que sigas ordenándole cosas.

La morena se acercó a Tucker.

-Lo haré yo.

Entonces le dijo el nombre de cada uno.

Eran la tía Shirley, a la que ya conocía, y su novio Boris Schmidt. También estaban Oren Cooper, su mujer Ada May y su hijo Dewey, que tenía unos cincuenta años; Eldon y Rosemary Givens y Brooke, su hija de catorce años; Vivian Marsh, la hermana de la morena, que tenía unos ojos azules tan grandes, que le recordaban a los de un gato siamés.

Y finalmente, estaba la muchacha morena.

-Y yo soy Ruth -dijo finalmente, extendiendo la mano hacia él.

Su mano era pequeña y fuerte a la vez. Como el resto de ella, pensó Tucker, que no pudo evitar el deseo de querer conocerla mejor. Mucho mejor.

-¿Te sonaba alguno de estos nombres? -preguntó Ruth, haciendo un gesto hacia el grupo.

Schmidt, Cooper, Givens, Marsh... No, Tucker no reconocía esos apellidos, pero hacía mucho tiempo que se había ido de Willow Glen. Incluso así, la mayoría de ellos eran mayores que él. Excepto las hermanas Marsh, que parecían de su misma edad o incluso más jóvenes. Y Brooke, claro. Tucker se encogió de hombros y sacudió la cabeza sonriendo.

Pero en ese momento se le ocurrió algo. Dando por hecho que toda aquella gente era de Willow Glen, que era lo que Ruth había sugerido al preguntarle si los conocía, ¿por qué estaban celebrando la Navidad allí, en vez de en sus casas?

Quizá había llegado su turno de hacer preguntas.

-He oído que hay gente que celebra el día de Acción de Gracias yendo al otro lado de la ciudad para tomar el pavo. ¿Reunirse en esta casa en navidades es quizá también una costumbre?

Ruth apretó los labios como si no le hubieran complacido ni la negativa de Tucker, ni la pregunta que le había hecho después.

-Algo así -contestó, como si él tuviera que saberlo.

Poco tiempo después, el salón estaban lleno de cintas de colores, luces y oropel. Ruth iba desliando las tiras de luces que él colocaba en el árbol. La escena amenazaba con sumergirle en el pasado, cuando la familia Newland decoraba un árbol recién cortado en aquella misma sala. Las luces eran tarea del señor Newland, mientras que él y Chris colgaban los adornos y la señora Newland les iba diciendo desde lejos las zonas que estaban vacías. Lo único que le retenía allí era la chica morena que tenía al lado y que iba dándole pacientemente las luces. Y cada vez que sus manos se rozaban, tenía que contenerse para no tomarla en sus brazos y besarla hasta perder el sentido.

Ella le hacía preguntas continuamente. Él se imaginaba que era porque le resultaba familiar y estaba tratando de recordar dónde se habían conocido.

Él podría haberla interrumpido y asegurarle que no se habían visto nunca, pero le gustaba el sonido de su voz. A pesar de su necesidad de soledad, estaba disfrutando mucho con la compañía de aquella muchacha tan curiosa.

Cuando él contestó que no le sonaba ninguno de los nombres que ella le iba diciendo, la actitud de la chica pareció pasar de la curiosidad al recelo. Tal vez se había dado cuenta al fin de que no se habían visto nunca antes de aquel día.

Cuando acabaron con el árbol, hubo un silencio incómodo entre ellos. Tucker no sabía por qué. Había intentado preguntarle algunas cosas, como de qué parte era ella, pero eso parecía haberla puesto aún más nerviosa. Así que trató de volcarse en los demás invitados y empezó a divertirse. En ciertos momentos, las risas y los chistes le hicieron olvidar por qué había ido a Willow Glen... y a la casa de la plantación en particular. Minutos después, cuando terminó de ayudarlos a recoger un poco todo, se disculpó y se marchó a su habitación.

Ruth observó cómo subía las escaleras.

-La parte de atrás es tan interesante como la de delante -bromeó Vivian.

-Sí, pero no tendría por qué estar aquí.

-¿Sigues con lo mismo? -Vivian se llevó la mano a su perfectamente arreglado cabello-. ¿Por qué no puedes dejarle en paz? Parece agradable. Un encanto, si quieres saber mi opinión.

-También era un encanto Ted Bundy, pero no me gustaría que nos estropeará la reunión.

-¿Quién nos está estropeando la reunión? ¿El primo Tucker? -quiso saber Brooke.

-No es nuestro primo.

Brooke sonrió abiertamente.

-Mejor, es guapísimo.

Ruth hizo un gesto de impaciencia con los ojos.

-No seas ridícula. No sabemos nada de él. Podía ser un preso fugado.

-O quizá trabaje para Hacienda y esté buscando a gente que no declare sus ingresos -sugirió Vivian-. No me importaría que me inspeccionara a mí. Es más, puede pedirme audiencia cuando quiera.

Brooke soltó una carcajada, pero a Ruth no le estaba haciendo gracia.

-Vosotras podéis pensar que es muy divertido todo esto, pero ese hombre tiene algo que no me gusta.

Le parecía un hombre que buscaba algo, pero no estaba segura de qué estaba haciendo allí. Miró hacia las escaleras, preguntándose qué motivos podía tener un desconocido para presentarse en su casa. Los demás podían estar deseosos de creer que era un miembro de la familia, pero ella sabía que no era así. Y estaba decidida a averiguar la verdad.

-Voy a subir ahora mismo a ver qué está haciendo. Vivian se echó a reír.

-Si tienes suerte, estará cambiándose de ropa.

Ruth ignoró las risas de su hermana y su prima y subió las escaleras con cuidado de no hacer ruido. Si Tucker Maddock estaba haciendo algo que no debía, no se dejaría atrapar fácilmente. Pero lo menos que podía hacer era preguntarle quién era y cuáles eran sus intenciones. Sin embargo, no quería hacerlo delante de todos por si acaso era efectivamente miembro de la familia y a ella se le había pasado por alto. Y también porque sabía que su familia saldría en defensa de él, aunque fuera un impostor, tal y como ella sospechaba. Después de lo simpático que

se había mostrado con todos mientras decoraba el árbol nadie creería que podía hacerles ningún mal.

Mientras subía los últimos peldaños del tercer piso, en el que estaba también su habitación, oyó como si alguien estuviera raspando el suelo. Fue muy despacio hacia el descansillo, mirando los números de las habitaciones que todavía quedaban de la época en que aquella casa había sido un hostel. Ruth llamó suavemente a la puerta número nueve. Como no hubo respuesta, giró el pomo y se asomó.

La habitación estaba vacía.

Ruth cerró la puerta y fue a su habitación para ver si le faltaba algo. Pero estaba igual que cuando había salido de ella horas antes. Luego salió al pasillo y miró hacia el desván, descubriendo que la puerta estaba ligeramente abierta.

Se acercó muy despacio y vio que la luz estaba encendida. Entonces volvió a escuchar aquel extraño ruido... un golpecito y una especie de arañazos. Allí había alguien y Ruth estaba segura de quién era.

Empezó a subir muy despacio los gastados escalones y vio al hombre moreno tocando las tablas del suelo, donde solía estar el baúl de la tía Shirley. Era evidente que estaba buscando algo.

Ruth se puso las manos en las caderas, enfurecida por el descarado del desconocido.

-¿Qué demonios estás haciendo?

Capítulo 2

EN WILLOW Glen, todo el mundo sabía que la tía Shirley se había comprado hacía poco tiempo un coche con un dinero que tenía ahorrado. Lo había ido guardando en alguna parte de la casa y lo había sacado cuando había decidido que tenía suficiente. A juzgar por cómo Tucker había movido las cosas, parecía que se había enterado de las costumbres de ahorro de la tía Shirley y había decidido ir a buscar el dinero. Como ella sospechaba, ese hombre no solo era un impostor, sino también un ladrón.

Tucker se levantó bruscamente y se dio con la cabeza en el bajo techo. Al frotarse en donde se había golpeado, se despeinó y eso le dio un aspecto todavía más maligno.

¡Ja! Los otros podían dejarse engañar por su encanto, pero Ruth había aprendido a protegerse contra esa clase de hombres, especialmente después de que el hombre que iba a reparar el tejado y el supuesto consejero económico de la tía Shirley la hubieran dejado sin blanca. Aparte de que ya había conocido otros casos en el instituto. Allí había